LA EVASION DE LA HISTORIA

POR

LUIS ROSALES

¿RECORDÁIS a Marcela? ¿Sabéis quién es? Marcela es la bien amada. Todos cuantos la vieron, la adoraron (1). ¿Debía tener los ojos húmedos, desvariantes y sin orillas como una noche de verano? ¿Debía tener la voz a flor de alma, como suelen tenerla esas personas demasiado íntimas que nos buscan a ciegas? No lo sabemos. Cervantes sólo nos dice que los hombres la amaron y murieron por ella. La amaron todos: los señores, los estudiantes, los labriegos. Algo más que belleza tendría.

Dentro del mundo cervantino, ella, la bien amada, representa la libertad absoluta. Vive en lo más alto de la montaña, exenta y sola. Es libre como el aire. Igual que todos los personajes que la acompañarán en este capítulo, se refugia en el seno de la Naturaleza para encontrarse consigo misma y alejarse de la vida social. No conocemos los motivos, sí las razones, que la mueven a ello. Su ejemplo se repite. Son muchos los personajes cervantinos que viven a su imagen y semejanza: Gelasia, Renato y Eusebia, Silerio, Rutilio, Soldino, Antonio el Bárbaro (2). Marcela simboliza y extrema todo este grupo de personajes. A Marcela no le interesa el mundo. No le interesa el amor. Su ilusión única es vivir en soledad para que al fin la tierra goce el fruto de su recogimiento (3); su ambición única estriba en separarse de los hombres; igual que tantos protagonistas del mundo cervantino, parece que no puede vivir sino huyendo de algo, y su ideal de la vida retirada no se parece tanto al paraíso como al destierro. Cierto que el suyo es un destierro voluntario, es un destierro libre. El ideal de este destierro lo resume Marcela de este modo: "Tengo libre condición y no gusto

(1) Dice Marcela: "Hízome el Cielo, según vosotros decís, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos a otra cosa, a que me amáis os mueve mi hermosura", I, 185. Diríase por estas palabras que cuantos la miran se enamoran de ella inevitablemente.

(2) Véase Armando Cotarelo Valledor: *Padrón literario de Miguel de Cervantes Saavedra*. Imp. Magisterio Español". Madrid, 1948.

(3) Dice Marcela: "Le dije yo que la—intención—mía era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura", I, 187. Un poco demasiado humanas nos parecen estas palabras para Marcela.

de sujetarme" (4). Igual que el Licenciado Vidriera y Don Quijote, Marcela es un personaje simbólico y responde a una clave. Tal vez a causa de ello no tiene vida personal; en realidad tan sólo vive para desarraigarse de cuanto la rodea. Se ha retraído a las montañas; teme el contacto de los hombres; pastorea su rebaño; siente su soledad como esperanza, y la contemplación del cielo le va sirviendo de noviciado para morir (5).

No tiene ella la culpa de despertar tantas pasiones. No las provoca. Acusar a Marcela de la pasión y muerte de Grisóstomo es igual que acusar a la nieve por ser blanca (6). Marcela se ha separado por completo no sólo de sus bienes, sino también de su vivir y aun de su misma vida. No vive propiamente. No le interesa su juventud sino para enterrarla. Sabe que todo aquello que nos incita, nos esclaviza, y considera cualquier delectación como impureza, cualquier vinculación como atadura, cualquier necesidad como esclavitud. Marcela quiere ser libre y piensa que para serlo totalmente tiene que abandonar cuanto posee y edificar su propia soledad a espaldas de la vida (7).

¿Es hacedera esta conducta? No se lo preguntemos a Cervantes. No nos va a contestar. ¿No recordáis que casi todos los personajes cervantinos parecen huir de algo? Los vemos siempre retratados en el escorzo de una huída. El *beatus illae,* el ideal de la vida retirada, se traduce en nuestro autor en unos casos por abandono de la vida social, en otros casos por nomadismo. Lo que nos parece reposo en la mayor parte de las figuras de *La Galatea* no es propiamente quietud, sino la detención de un movimiento. Recordadlas. Veréis que en este movimiento detenido las conocemos. Su fijeza aparente es un escorzo artístico, no es un modo de ser. Del mismo modo, el continuo ajetreo que anima el mundo del *Persiles* no es, también, sino el escorzo de un movimiento. Todo es uno y lo mismo en la obra de Cervantes.

Si este procedimiento técnico se repite en tantas ocasiones por

---

(4) *Quijote,* I, 189.

(5) Dice Marcela: "Tienen mis deseos por término estas montañas; y si de aquí salen, es a contemplar la hermosura del cielo: pasos con que camina el alma a su morada primera", I, 189.

(6) Dice Marcela: "Y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado Naturaleza, tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa", I, 186.

(7) El parecido entre las figuras de Marcela y Gelasia ha sido subrayado en diferentes ocasiones; por ejemplo: "El episodio de Marcela y Grisóstomo con el de la helada Gelasia; la desamorada pastora de *La Galatea* que desdeña a Lenio y a Galercio, motivando el frustrado suicidio de este último." Juan Antonio Tamayo: "Los pastores de Cervantes", *Rev. de Filología Española,* t. XXXIII, pág. 401.

nuestro autor, será un procedimiento deliberado y, por tanto, responderá a un sentido. En efecto, lo tiene. La vida sedentaria nos vincula a una tierra determinada, a sus costumbres, a sus leyes. La sujección nos resta libertad. Para librarse del encadenamiento de la vida social, los personajes cervantinos—indudablemente la mayoría de sus personajes—peregrinan, se destierran, van de aventura en aventura o pastorean. Mas no nos engañemos por la aparente contradicción de sus vidas; en uno y otro caso huyen hacia sí mismos. El móvil de esta huída—por lo menos, el móvil de la suya—nos lo explica de este modo Marcela: "Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué la he de perder tratando con los hombres?" (8). El trato humano mancha. Marcela huye del trato de los hombres porque quiere conservar su limpieza y renuncia al amor—renuncia a todo—porque quiere ser libre.

Y ¿en qué consiste la libertad para Marcela? Consiste, por lo pronto, en algo bien extraño; consiste en desatarse de la vida, en desclavarse del vivir. Marcela no ama a Grisóstomo. No puede amarlo. No ama tampoco a nadie. Si tuviese un afecto, si tuviese un amor, no sería libre. Ha abandonado su vida familiar; ha abandonado el estrado, la rueca y la alegría de ser mujer, para vivir en lo más alto y escondido de la sierra. Pero no ama los árboles, las fuentes y los ganados que la acompañan en su retiro. No ama tampoco su retiro. Si los amara, no sería libre; si los amara, no se podría desvincular de ellos. Marcela simboliza la libertad absoluta. Ahora bien: un hombre (o personaje literario) en libertad absoluta es como una página en blanco; no tiene rasgo alguno que lo individualice; no tiene determinación vital alguna. No la puede tener. Marcela no ama a nadie. No se vincula a nada. No tiene realidad alguna: se ha *desclavado* de vivir.

Recordaremos a nuestros lectores que fray Jerónimo de San José decía en un verso inolvidable:

Me es soledad el mundo solo, junto.

Pues bien: a Marcela le es soledad el mundo solo, junto. Y aun cuando esta actitud vital tiene un lejano arranque ascético y religioso, nada más alejado de una auténtica vida espiritual que su conducta. Se siente en soledad con todo (9), desde luego; pero también

(8) Dice Marcela exactamente: "Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres?", I, 188.

(9) Sobre las relaciones entre naturaleza y soledad, dice López Estrada: "Por de pronto, el campo representa el marco más conveniente para la soledad, en el sentido más estricto. La soledad material (el quedarse solo) favorece la

se siente en soledad consigo misma. O, si se quiere, en soledad de sí misma. Marcela no consiste sino en su libertad. Considera como asechanza la risa de las mozas en días de luna llena, la vuelta de la trilla, la urgencia de los hombres en torno suyo; pero considera también como asechanza la vida familiar. Su recogimiento es un recogimiento desasido de todo. Su vida no tiene fundamento. Su fe no estriba sobre esperanza alguna. No ama a su prójimo, porque no siente caridad. No ve el rostro de Dios espejeando en el dolor humano y requiriendo su asistencia. Todo aquello que constituye la urdimbre de la vida se le convierte en soledad. No es, desde luego, un ser real, sino ideal. Representa la libertad absoluta. Por ello la aman todos, y Cervantes también. Pero observe el lector que su actitud vital ocasiona la muerte. Algo hay en ella que fascina; algo hay en ella que daña, aun cuando la razón del mal—como ella misma nos advierte—esté en sus amadores. ¿Cuál es la clave de su lección?

* * *

El grupo de personajes que hemos citado anteriormente—Gelasia, Marcelo, Silerio, Renato y Eusebia, Rutilio, Soldino y Antonio el Bárbaro (10)—viven la misma vida: han escogido la soledad. Todos ellos se han convertido en eremitas y no mantienen contacto alguno con los hombres. Lo más característico de este grupo de personajes es el hecho de haberse aislado por completo, no solamente de su medio social, sino también de todo trato humano. Todos ellos se han desterrado voluntariamente de la vida social. Todos ellos quieren volver a edificar su vida dentro de un mundo propio. Todos ellos han escogido la libertad para encontrarse consigo mismos. Pero la soledad no puede confundirse con el aislamiento. Cada uno de ellos lleva su mundo a cuestas; cada uno de ellos tiene su propia soledad. Vamos a ver en qué se diferencian tanto la soledad como la vida personal de cada uno de los distintos personajes que forman este grupo.

---

soledad espiritual, sentimiento poético; hay que buscar el lugar donde pueda desatarse la imaginación, el torbellino de recuerdos que alimentan el dolor del alma. Ocurre entonces que el camino interior conduce al ensimismamiento, al olvido de lo exterior y, en consecuencia, al del mismo campo que ha ofrecido lugar propicio para la soledad." Francisco López Estrada: *Estudio crítico sobre "La Galatea", de Miguel de Cervantes.* Santa Cruz de Tenerife, 1948.

(10) No siempre despierta el carácter de Marcela esta misma ilusión: "Las aficiones selváticas de Belisa y Gelasia en *La Galatea* son como un anticipo de la conducta franca y repulsiva de la desenfrenada independencia de Marcela". Arturo Farinelli: "Cervantes y su mundo idílico", *Rev. Filol. Española,* tomo XXXII, 1948, pág. 15.

Antonio Villaseñor ha nacido en Quintanar de la Orden (11). Sus padres le han educado bien. Sus padres son medianamente nobles (12). Antonio es de carácter áspero y de naturaleza sobria y continente. En sus estudios ha llegado hasta las puertas de la Gramática, pero su estrella le inclina al ejercicio de las armas. Sirve con ellas en Alemania al emperador Carlos V y alcanza nombre de buen soldado (13). Después de varios años de guerrear con los herejes, vuelve a su patria, honrado y rico, con intención de terminar en ella sus andanzas y correrías. Pero el hombre propone y Dios dispone. Un día de fiesta, en la plaza de Quintanar, se traba de palabras con el hijo segundo de un titulado por achaques de cortesía, y le hiere sin darle mano para que se defienda (14). Tiene que huir a uña de caballo y pasar la frontera. Vuelve a Alemania y a la milicia; pero, sabiendo que le cuentan los pasos, vuelve sobre los suyos y se provee de joyas y dinero para embarcar con rumbo a Inglaterra. No llega a ella. Condición y figura hasta la sepultura. A causa de un incidente sin importancia, abofetea a un marinero inglés. Toda la chusma del barco hace causa común contra Antonio, que, al fin, puede salvarse por la intervención de unos caballeros ingleses que calman a la marinería, haciéndoles que se conformen con expulsarle del navío. Así se hizo: le abandonaron a su suerte en el mar en una barca provista con dos barriles de agua y una corta cantidad de bizcocho (15). Siguen noches y noches de brega con las olas, que le dejan extenuado. Ni aun le descansa el sueño. Cuando se duerme, cediendo a la exigencia de la naturaleza, le vuelven a despertar crueles y temerosas pesadillas. Su vida es una muerte dilatada. Y, al fin, después de varios accidentes extraordinarios, encalla en una isla, junto a la embocadura de una cueva. Besa la playa, besa la tierra muchas veces. El sol va, poco a poco, restaurando sus fuerzas. Al fin logra incorporarse. En la extensión que le rodea no ve rastros de gente. Sí, en cambio, cabras monteses y algunos otros animales que no huyen de él. Y ahora empieza la verdadera historia del Robinsón español. La repetiremos con las

---

(11) *Persiles*, 2, 84.
(12) *Persiles*, 1, 32.
(13) *Persiles*, 1, 32.
(14) Sobre el carácter autobiográfico de este personaje, véanse los apuntamientos de Bonilla en su edición crítica. La situación vital que se describe es la misma narrada por el duque de Estrada en su autobiografía.
(15) *Persiles*, 1, 35.

mismas palabras de Cervantes para no hacerle perder al idilio su extraordinaria delicadeza:

"La buena suerte y los piadosos cielos, que aún del todo no me tenían olvidado, me depararon una muchacha bárbara, de hasta edad de quince años, que por entre las peñas, riscos y escollos de la marina, pintadas conchas y apetitoso marisco andaba buscando. Pasmóse viéndome; pegáronsele los pies en la arena; soltó las cogidas conchuelas y derramósele el marisco, y cogiéndola entre mis brazos sin decirla palabra, ni ella a mí tampoco, me entré por la cueva adelante y la truje a este mismo lugar donde ahora estamos. Púsela en el suelo, bésele las manos, halaguéle el rostro con las mías, y hice todas las señales y demostraciones que pude para mostrarme blando y amoroso con ella. Ella, pasado aquel primer espanto, con atentísimos ojos me estuvo mirando, y con las manos me tocaba todo el cuerpo, y de cuando en cuando, ya perdido el miedo, se reía y me abrazaba, y sacando del seno una manera de pan, hecho a su modo, que no era de trigo, me lo puso en la boca, y en su lengua me habló, y a lo que después acá he sabido, en lo que decía me rogaba que comiese. Yo lo hice así, porque lo había bien menester; ella me asió por la mano y me llevó a aquel arroyo que allí está, donde asimismo por señas me rogó que bebiese. Yo no me hartaba de mirarla, pareciéndome antes ángel del cielo que bárbara de la tierra. Volví a la entrada de la cueva, y allí, con señas y con palabras que ella no entendía le supliqué (como si ella las entendiera) que volviese a verme; con esto la abracé de nuevo, y ella, simple y piadosa, me besó en la frente y me hizo claras y ciertas señas de que volvería a verme. Hecho esto torné a pisar este sitio, y a requerir y probar la fruta de que algunos árboles estaban cargados, y hallé nueces y avellanas y algunas peras silvestres; di gracias a Dios del hallazgo y alenté las desmayadas esperanzas de mi remedio. Pasé aquella noche en este mismo lugar; esperé el día, y en él esperé también la vuelta de mi bárbara hermosa, de quien empecé a temer y recelar que me había de descubrir y entregarme a los bárbaros, de quienes imaginé estar llena esta isla; pero sacóme de este temor el verla volver algo entrado el día, bella como el sol, mansa como una cordera, no acompañada de bárbaros que me prendiesen, sino cargada de bastimentos que me sustentasen" (16). El ángel de este idilio se llama Ricla. Antonio el Bárbaro, separado del mundo y de los hombres, vivió con

(16) *Persiles*, 1, 43-44.

Ricla alrededor de quince años (17). Tuvo en ella dos hijos: Antonio y Costanza. Fundó en ella linaje, y poco a poco fué adoctrinándola en los misterios de su fe. Sólo abandonan la isla, con la llegada de Periandro y Auristela, para volver a España a bien morir. Este es el horizonte de su vida.

La soledad de Antonio el Bárbaro—el primer Robinsón de la literatura universal—no es, pues, completa. Desposa a Ricla bajo palabra. Vive con ella en fe de matrimonio. Le acompañan sus hijos. Le acompañan también sus esperanzas y sus sueños. Su ruptura con el medio social ha sido en cierto modo fortuita y en cierto modo voluntaria. Lo que le identifica con este grupo de personajes que vamos a estudiar es el tesón con que levanta un mundo propio y personal; un mundo aislado, un mundo a solas de la historia. Esto es lo decisivo en su carácter. Vive en contacto con la Naturaleza; trabaja con sus manos para vivir; no acepta mandamiento alguno que constriña su libertad, y adquiere en la soledad la mansedumbre y la mesura que le faltaban. Su soledad tiene más de destierro que de aislamiento; pero en este destierro no le acompaña recuerdo alguno de su vida anterior. Se ha edificado un mundo propio, un mundo de evasión, pero lleno de humanidad, de sentimiento, de ternura. El ideal cervantino que le hizo concebir esta bellísima aventura de Antonio el Bárbaro está muy próximo al ideal del "buen salvaje" (18). Más tarde volveremos sobre este tema. Aquí y ahora trazaremos únicamente su esquema. La libertad consiste en la exención de toda traba de carácter social. La exención de toda traba de carácter social devuelve al hombre al estado de naturaleza. En la vuelta al estado de naturaleza radica la perfección humana (19).

RENATO Y EUSEBIA, LOS ERMITAÑOS DEL AMOR

Renato era un caballero francés. Hijo de padres nobles y ricos, tuvo una educación completa, esmerada, espiritual. Medía su pensamiento con su estado, y así puso los ojos en Eusebia. Eusebia era

---

(17) Cuando vuelve a su pueblo, su madre le dice que ha estado fuera dieciséis años.

(18) "Rousseau describe el estado natural como un paraíso idílico en el cual el individuo, como un ser autónomo, libre y plenamente autosuficiente, vive una vida perfecta de un bienestar perfecto." Véase Heirinch A. Rommen: *El Estado en el pensamiento católico.* Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1956.

(19) Naturalmente, como después veremos, este ideal de perfección no es más que una utopía.

una de las damas nobles de la reina. Como el amor en palacio exige discreción, Renato sufre y calla. Sólo confía a sus ojos su secreto. Ama en silencio, y aunque tiene esperanzas, no puede confirmarlas. Nobleza obliga, y el silencio amoroso, el platonismo del amor, el sufrimiento del amor, es el más noble de los ejercicios caballerescos.

No me podrán quitar el dolorido
sentir.

escribe Garcilaso (20).

Cerca está de grosero el venturoso,

escribe el conde de Villamediana (21). En una y otra frase aflora un modo de sensibilidad agónica, refinadísima y espiritualizada. Quede la dicha para quien no merece nada más; el sufrimiento amoroso es propio de almas nobles que no se dejan arrebatar el privilegio del dolor. La alegría ciega el espíritu y lo entumece; el dolor, en cambio, acrisola y refina las almas. Pero en el mundo existe la calumnia, y la calumnia nace de la envidia de la virtud. Y un día el caballero Libsomiro, sin preceder explicación ni ofensa algunas, acude al rey para manifestarle que entre Eusebia y Renato existía trato amoroso ilícito en ofensa del decoro real, y que él estaba dispuesto a sostener y demostrar con las armas la verdad de su acusación (22). Dió el campo del honor una de las ciudades libres de Alemania. "Llegóse el día de la batalla; paresció en él, puesto con las armas que se habían señalado, que eran espada y rodela, sin otro artificio alguno; hicieron los padrinos y los jueces las ceremonias que en tales casos se acostumbran; partiéronnos el sol y dejáronnos. Entré yo confiado y animoso por saber indubitablemente

---

(20) Garcilaso de la Vega, Egloga primera, Canto Nemoroso, est. 8.

(21) Conde de Villamediana. B.A.E. Poetas líricos de los siglos XVI y XVII, tomo II, pág. 156 b.

(22) Es la misma situación de Rosamira, acusada por Dagoberto, en *El Laberinto del amor:*

Impide una ocasión lo que el derecho
pide, y así es forzoso el ocultallo;
basta que esto es verdad y que me obligo
a probar con las armas lo que digo.
Digo que en deshonrado ayuntamiento
se estrecha con un bajo caballero
sin tener a tus canas miramiento,
ni a la ofensa de Dios, que es lo primero.
Y a probar la verdad de lo que cuento
diez días en el campo armado espero,
que ésta es la vía que el derecho halla:
do no hay testigos, suple la batalla. (II, 223.)

que llevaba la razón conmigo y la verdad de mi parte; de mi contrario bien sé yo que entró animoso, y más soberbio y arrogante que seguro de su conciencia. ¡Oh soberanos cielos! ¡Oh juicios de Dios inescrutables! Yo hice lo que pude; yo puse mis esperanzas en Dios y en la limpieza de mis no ejecutados deseos; sobre mí no tuvo poder el miedo, ni la debilidad de los brazos, ni la puntualidad de los movimientos; y con todo eso y no saber decir el cómo, me hallé tendido en el suelo, y la punta de la espada de mi enemigo puesta sobre mis ojos amenazándome de presta e inevitable muerte. "Aprieta—dije yo entonces—, ¡oh más venturoso que valiente vencedor mío!, esta punta de espada y sácame el alma, pues tan mal ha sabido defender su cuerpo; no esperes a que me rinda, que no ha de confesar mi lengua la culpa que no tengo..." (23).

Después del vencimiento se hace imposible la vida de Renato. No se atreve a levantar los ojos al cielo, y piensa que los amigos y enemigos hablan sólo de su deshonra. Decide aislarse de los hombres y sepultar su vida en el silencio. Y como las regiones septentrionales de Europa son las más desconocidas, misteriosas y solitarias, dirige allí sus pasos hasta encontrar en la pequeña y desierta isla de las Ermitas la medida de sus deseos. También encuentra en ella la soledad que le descansa de humillaciones y servidumbres. "¡Oh soledad, alegre compañía de los tristes! ¡Oh silencio, voz agradable a los oídos, donde llegas sin que la adulación ni la lisonja te acompañen!" (24). La soledad le sirve de consuelo y le da un nuevo fundamento vital. Pasado un año, vuelven sus servidores a la isla de las Ermitas para dar a Renato, si hubiere muerto, honrada sepultura. Los acompaña Eusebia, que, agradecida a su voluntad, quiso serle compañera en la pena, ya que no lo había sido en la culpa. Recibióla Renato como ella esperaba que la recibiese, y la soledad y la hermosura que debieron de encender sus deseos, hicieron el efecto contrario merced al cielo y a la honestidad de los amantes. Y con estas palabras finaliza Renato su encantadora narración: "Dímonos las manos de legítimos esposos; enterramos el fuego en la nieve, y en paz y en amor, como dos estatuas movibles, ha que vivimos en este lugar diez años... Tenemos en la ermita suficientes ornamentos para celebrar los oficios divinos; dormimos aparte, comemos juntos, hablamos del cielo, menospreciamos la tierra y, confiados en la misericordia de Dios, esperamos la vida eterna" (25).

---

(23) *Persiles*, I, 305-306.
(24) *Persiles*, I, 308.
(25) *Persiles*, I, 308-309.

Renato y Eusebia, los ermitaños del amor, han enterrado su juventud en la isla de las Ermitas. Cuando Persiles los encuentra, su edad tocaba ya en los márgenes de la vejez (26). Duermen en lechos de secas espadañas y hierbas olorosas, más propios para dar complacencia al olfato que descanso a sus cuerpos (27). Comen y beben frugalmente. Hablan de Dios. Su soledad es tan completa, que en ocasiones les parece que vuelven a encontrarse por vez primera. Saben que viven porque aman. Nada puede turbar su reposo. La soledad llena sus horas, y hace que cada día vivan más cerca del nacimiento de su amor. Han logrado cuanta felicidad es posible lograr sobre la tierra. Y ha sido todo un milagro sencillo: sus vidas han conseguido la plenitud con sólo aislarse de los hombres. Los motivos que llevaron a Renato a la isla de las Ermitas son más radicales que los que llevan a Antonio el Bárbaro a la suya. Su distensión del mundo es más profunda y su reacción más extremada. Los caminos de Dios son misteriosos. Todo sucede en la vida; todo sucede para bien. La calumnia de Libsomiro tuvo un extraño y milagroso efecto. Hizo que Renato y Eusebia se arrepintieran, o mejor dicho, se avergonzaran, de una falta que no habían cometido. Renato y Eusebia, los ermitaños del amor, los vírgenes esposos del *Persiles*, llegaron a tener una conciencia tan viva del pecado que se les imputaba, que para seguir probando ante sí mismos su verdad después de desposados y seguir combatiendo a la calumnia, después de muerta la calumnia, hicieron ante Dios oblación de su carne. *La vergüenza del pecado que no hemos cometido y se nos imputa puede cauterizarnos contra su tentación.* He aquí la altísima lección moral que se desprende de este pasaje del *Persiles*.

SOLDINO VA HACIA EL ENCUENTRO DE LA MUERTE

Lo importante es aislarse. Cada español tiene su ínsula (28). Y en la obra de Cervantes los que no son españoles también. Don Quijote se ha desclavado de sí mismo. El Licenciado Vidriera siente "alergia social". Cardenio, que es violento por cobardía, se vuelve loco, literalmente, cuando alguien le interrumpe. Marcela no sólo se aísla del trato de los hombres; también se ha *aislado* de vivir. Antonio el Bárbaro inventa nada menos que una forma de vida,

(26) *Persiles*, I, 301.
(27) *Persiles*, I, 302.
(28) Para el caso es igual ínsula o ermita: lo importante es la decisión de romper con el mundo.

el robinsonismo, para olvidar la plaza de su pueblo: Quintanar de la Orden. Renato quiere enterrarse en el silencio, busca su honra —como se busca un objeto perdido—entre la arena de la isla, y quisiera olvidar hasta la lengua de los hombres. Lo importante es aislarse. Rutilio quiere encontrar en la soledad el arrepentimiento de sus pecados; Silerio quiere encontrar la penitencia de su imprevisión; Soldino quiere orar, y para orar se ha alejado del mundo. Su soledad tiene carácter religioso; su aislamiento—con el de Marcela—son los más extremados del mundo cervantino. Soldino es español. Su edad pasa de ochenta años. Suele vestir un hábito que no es de peregrino ni de religioso, y camina apoyado en un báculo. Su fama de santidad se extiende no solamente en Francia, sino en toda la tierra. Es astrólogo y ermitaño (29). Su ermita, piedra sobre piedra, la ha levantado él mismo con sus manos. Su vida también la ha edificado hora tras hora. Cada español tiene su ínsula: él se ha encontrado consigo mismo viviendo en soledad y tiene ya su muerte preparada. Como es algo adivino, sabe que vienen malos tiempos para los españoles. Habla de ello. No se ha aislado por completo del mundo: es el primer español a quien le duele el mal de España" (30).

El mundo cervantino que vamos descubriendo es verdaderamente libre, extraño, desvariante y extremado. Piense el lector que este grupo de personajes se ha escindido del mundo y ha renunciado completamente al trato humano: Cardenio, Silerio y Rutilio, de manera provisional; Gelasia, Antonio el Bárbaro, Renato, Eusebia, Marcela y Soldino, de manera definitiva (31). Hay diferencias, desde luego, entre ellos. Todos conservan en su soledad una pequeña vinculación afectiva con el mundo exterior, salvo Marcela y Sol-

---

(29) Soldino, en la segunda parte del *Persiles*, tiene el mismo papel, la misma función técnica que había tenido Mauricio en la primera parte: previene los sucesos poniendo de relieve el encadenamiento de la novela. No puedo explicarme sobre qué se funda la siguiente opinión de Farinelli: "Los ermitaños de profesión, por los que el poeta siente antipatía." A Farinelli *(Cervantes y su mundo idílico)*, pág. 16.

(30) Dice Soldino: "Aquí he hallado causas para alegrarme y causas para entristecerme que aún están por venir, que serán tan ciertas, según yo pienso, que corren parejas con la misma verdad", 2, 175. Las causas de tristeza, como las causas de alegría, de Soldino apuntan a la historia de su patria.

(31) Renato y Eusebia vuelven a Francia en la vejez, cuando Libsomiro se arrepiente de su calumnia. Pero este hecho no modifica el carácter que tuvieron tanto su decisión como su vida en la isla de las Ermitas. El mismo caso es el de Antonio el Bárbaro: su salida de la isla es casual. La decisión de Marcela, considerada por sus palabras, tiene también carácter definitivo; sus convecinos tienen, en cambio, una actitud dudosa y expectante frente a ella: "Todos los que la conocemos estamos esperando en qué ha de parar su altivez y quién ha de ser el dichoso que ha de venir a dominar condición tan terrible y gozar de hermosura tan extremada", I-XIV.

dino. Estos dos personajes son los más desterrados del grupo, y en este aspecto se parecen, pero son también los más distintos. La vida de Soldino es una vida de ermitaño. Su soledad no es un fin, sino un medio, para llegar a Dios. Ahora bien: esta actitud espiritual no es insólita, aunque es poco frecuente; no es secesiva, sino ejemplar. Retirarse al desierto para orar por el prójimo es la más alta y desinteresada expresión del sentimiento de comunidad. En cambio, la actitud de Marcela es única, evasiva y puramente antisocial. Ella no tiene motivo alguno para aislarse. Su aislamiento, por consiguiente, no sólo es voluntario, sino gratuito. Y "ahí está el punto y la fineza del negocio" (32). Marcela no tiene causa alguna para hacer lo que hace... Como Don Quijote, cuando imita en la sierra la penitencia de Beltenebros, Marcela desatina sin ocasión y para darnos a entender que si hace tales cosas en seco qué no hiciera en mojado" (33). No se retira del trato humano cumpliendo una necesidad, sino satisfaciendo un ideal. Como verá el lector, no se puede llevar más lejos la contradicción con la sociedad, pues Marcela prefiere no vivir a vincularse de algún modo con el medio que la rodea. Por no embargar su libertad, su vida es una pura indeterminación, una página en blanco. Marcela no tiene consistencia vital alguna. Pero lo más curioso es que, a pesar del radicalismo de esta actitud, Marcela no ha abandonado completamente el trato humano. Conversa con pastoras y pastores, y en este aspecto se asemeja al Licenciado Vidriera. Lo que Marcela rescinde es toda vinculación afectiva y humana, toda vinculación que le obligue a vivir. Ella despierta pasiones y considera justo despertarlas: "...hízome el cielo hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos a otra cosa, a que me améis os mueve mi hermosura" (34); pero Marcela no puede enamorarse. El amor para ella no es ni siquiera una posibilidad. No tiene afecto alguno (35). No lo puede tener, porque el afecto nos embarga. En su retiro de la sierra no está a solas consigo misma, sino más bien a *solas de sí misma* (36); en su retiro de la sierra ella se opone a la corriente de la Historia; se ha despojado de su tiempo. Marcela no es un personaje viviente con sus amores y sus odios, un personaje como Antonio, Renato o Cardenio; Marcela es sólo un símbolo. Simboliza la libertad individual, la libertad extremada e idealizada que se opone a la historia, la liber-

(32) *Quij.*, I, 25.
(33) *Quij.*, I, 25.
(34) *Quij.*, I-XIV.
(35) Recuérdese que Marcela ha abandonado también su vida familiar. Su desvinculación afectiva es absoluta.
(36) En soledad desolada, como se dice con expresión popular acertadísima.

tad que para realizarse necesita, no transformar y ennoblecer el mundo como necesitaba Don Quijote, sino borrarlo, hacerlo desaparecer, quitarle al menos toda su consistencia con nuestra vida y nuestra alma. A causa de ello, el mundo de Marcela es un mundo donde no habita nadie, un mundo a solas de la historia, un mundo devastado por la ilusión de libertad.

Vamos a ver ahora los componentes de la actitud vital de este grupo de personajes. Todos ellos coinciden en tres puntos: *a)* el abandono de la vida social y el encuentro de la soledad; *b)* la búsqueda de la vida ideal y el encuentro con la Naturaleza; *c)* la recreación o reedificación, por estos medios, de su existencia personal.

a) *El abandono de la vida social y el descubrimiento de la soledad.*

La invención literaria busca temas originales y extremados. Lo cotidiano carece de interés en la novela del Renacimiento. El Barroco español es quien descubre este valor de lo cotidiano—que no es *realismo,* sino *vitalismo*—y Cervantes es quien ejemplariza con máxima eficacia este descubrimiento. Sin embargo, una gran parte de la obra de Cervantes sigue las leyes renacentistas. No podía ser de otra manera, porque, como ha probado hasta la saciedad Américo Castro, el pensamiento cervantino está impregnado totalmente por la cultura de su época. La ley de la novela renacentista es el carácter original, insólito y sorprendente de la fábula; por ello hay tanto suceso fabuloso, tanto ajetreo de hechos y personajes en buena parte de la obra cervantina (37). El extremismo vital de este grupo de personajes procede, en cierto modo, de la influencia de este precepto artístico: la búsqueda de lo extremado y original; pero también procede de la concepción del mundo que tenía nuestro autor. Descuéntese, pues, en su extremismo, lo que tiene de literario y preceptivo: aún quedará para dar y tomar.

La ruptura con el medio social es, indudablemente, una de las "constantes" de la obra cervantina. En los diversos grupos de personajes que estudiamos en la primera parte de nuestro libro se sigue dando, aunque no con igual radicalismo, y unos y otros constituyen muy poco menos que la totalidad del mundo cervantino más repre-

(37) La ley de la novela cervantina original es bien distinta, pero no es éste nuestro tema ni se puede tocar a la ligera. Lo importante es que la ley de la novela renacentista y la ley de la novela cervantina coinciden en buena parte de su obra.

sentativo. Esta "constante"—*la ruptura con el medio social*—tiene su origen y su sentido último en la manera cervantina de comprender la libertad. Cervantes no valora con valor suficiente la libertad de apropiación; no valora tampoco, de modo suficiente, entre las estructuras constitutivas del ser del hombre, la del ser-en-el-mundo (38). Como veremos más adelante, la clave de su pensamiento no es reformista, sino más bien "repristinadora". Pero dejemos esta cuestión a un lado. No nos importa plantear cuál sea el sentido último de su creación: sólo nos interesa describirla, a ser posible, con fidelidad y exactitud.

Para comprender el carácter de esta "constante"—la ruptura con el medio social y la existencia cotidiana—añadiremos uno de sus ejemplos más expresivos. Por Marcela sabemos que el trato humano mancha; por Periandro y Auristela, vamos a saber que la ruptura con el medio social tiene valor de purificación y de *catarsis*. Las aventuras y trabajos de Persiles y Sigismunda no tienen como finalidad lograr la Fama (39), sino el acendramiento de la Virtud. Su peregrinación tiene dos causas principales. En un sentido, peregrinan para lograr el esclarecimiento de las verdades de su fe (40). Es sumamente curioso que piensen ellos mismos que son católicos *aunque* septentrionales. Juzgan que el ambiente en que viven no es favorable para salvaguardar la limpieza de su ortodoxia, y por motivos religiosos, abandonan su patria y emprenden su memorable peregrinación.

Desde otro punto de vista, su peregrinación constituye una prueba: "el noviciado del amor", que se repite varias veces en la obra cervantina. La prueba exige a los amantes que se desvinculen de su medio social durante un tiempo determinado para vivir su vida, para nutrir su vida únicamente de las raíces de su amor. Tanto Persiles como Sigismunda pasan por esta prueba para purificarse, y viven juntos como hermanos. En *La Gitanilla* vuelve a surgir entre los protagonistas el mismo noviciado y hermandad. Preciosa, para desposarse con Andrés Caballero, le impone como única condición que abandone su medio social durante dos años y se incorpore al aduar de los gitanos. Para ello tiene que renunciar al regalo y afecto

---

(38) Nuestro ser-en-el-mundo es justamente la fundamentación de la persona y la existencia personal. La aparente antinomia entre la libertad individual y la sociedad sólo se puede resolver, y se resuelve, en el terreno de la "persona".

(39) O, si se quiere, la gloria.

(40) "Todos los pensamientos de Auristela por entonces no se extendían a más que de enterarse en las verdades que a la salvación de su alma convenían; que por haber nacido en partes tan remotas y en tierras a donde la verdadera fe católica no está en el punto tan perfecto como se requiere, tenía necesidad de acrisolarla en su verdadera oficina", 2, 229.

de sus padres, engañar a sus criados y a sus amigos, dejar el camino de Flandes con servicio a la patria y gloria y honra, y defraudar todas las esperanzas que estaban puestas en él, para dedicarse a garbear y danzar por los caminos de la Ceca a la Meca (41). En el noviciado del amor cervantino, la ruptura, transitoria o definitiva, con el medio social, se cumple como un "rito de purificación" (42). En ello estriba su sentido.

Marcela simboliza la libertad, y la libertad es la clave decisiva del pensamiento cervantino. Para Cervantes ser sí mismo y ser hombre es, ante todo y sobre todo, ser libre. Ser libre frente al mundo que nos limita y condiciona, frente a la naturaleza que nos inclina y frente a la temporalidad que nos vincula con el pasado. Marcela siente su libertad de una manera tan absoluta, tan exenta, que no precisa vivir ni proyectarse hacia el futuro. No le interesa realizarse, ni realizar su vida, sino tan sólo *fundarla* sobre la libertad. Marcela se ha desligado de todo. No tiene afecto alguno. No puede amar a nadie, pues todo afecto coarta la pura disponibilidad de nuestro ser. Ahora bien: esta manera de existir, al mismo tiempo real y virtual, sólo es propia de la esperanza. La esperanza no puede realizarse; es anterior a todo fin; la esperanza es la dirección del despliegue del ser. En la figura de Marcela, la libertad y la esperanza están ineludiblemente vinculadas, y ésta es una de las más hondas y perdurables intuiciones del pensamiento cervantino. Marcela quiere ser libre desde su mismo fundamento vital, y como sólo el alma humana puede ser libre de este modo (43), Marcela es sólo su alma: un alma dialogante, condenada a no poder encarnar en cuerpo alguno. Entre

---

(41) *La Gitanilla*, 1, 86. Véanse las condiciones de este extraño concierto: "Habéis de dejar la casa de vuestros padres y la habéis de trocar con nuestros ranchos, y tomando el traje de gitano, habéis de cursar dos años en nuestras escuelas, en el cual tiempo me satisfaré yo de vuestra condición, y vos de la mía, al cabo del cual, si vos os contentáredes de mí y yo de vos, me entregaré por vuestra esposa, pero hasta entonces tengo de ser vuestra hermana en el trato y vuestra humilde en serviros", 1, 57. La noche de la llegada al aduar, Andrés acepta las condiciones de su nueva vida: "Sólo le pesaba no haber venido más presto en conocimiento de tan alegre vida ... desde aquel punto y hora renunciaba la profesión de caballero y la vanagloria de su ilustre linaje, y lo ponía todo debajo del yugo o, por mejor decir, debajo de las leyes con que ellos vivían", 1, 81. Preciosa llama a esta prueba *noviciado* en varias ocasiones: "Sólo quiero remitirlo todo a la experiencia de este noviciado", 1, 83. Los ladrones, tahures y matantes de la cofradía de Monipodio también tienen un año de noviciado para llegar a cofrades mayores. Por la agudeza de Cortadillo, son absueltos de él: "Digo que sola esta razón me convence, me obliga, me persuade y me fuerza a que, desde luego, asentéis por cofrades mayores y que se os sobrelleve el año del noviciado", 1, 262. El sentido de la prueba es distinto.

(42) A las parejas anteriormente mencionadas puede añadirse la de Renato y Eusebia, que también, incluso después del matrimonio, cumplen este rito de purificación.

(43) *La Gitanilla*, 1, 32.

las muchas palabras oropéndolas y bachilleras de su discurso ante la tumba de Grisóstomo, hay algunas palabras esenciales: "Yo nací libre, y para poder seguir siendo libre, escogí la soledad de los campos" (44). Atendamos a ellas. El vigor de la primera parte de la frase sigue repercutiendo en nuestro oído cuando escuchamos la segunda, y a causa de ello, la libertad y la soledad se acuñan en una misma palabra y en un mismo concepto. Por esta especie de fundido, la expresión viva "libertad de los campos" vivifica la expresión tópica "soledad de los campos", que, en cierto modo, pasa a segundo término. Sea lo que fuere y en todo caso, la frase nos declara el hondón del pensamiento cervantino. La vida social, con sus impedimentos, embarga la disponibilidad de nuestro ser. El mundo priva con cuidados la libertad del hombre. La soledad, en cambio, nos desvincula y nos libera. Para expresar el modo de esta liberación podría decirse que la soledad y el retorno a la Naturaleza parecen conducirnos, *igual que un túnel,* a nuestro propio origen; por esto vive Marcela desligada de toda sujeción. Debe tenerse en cuenta que en la idealización de la Naturaleza late siempre una vaga, pero indeleble, rememoración del Paraíso Terrenal. En resumen, el sentido de la expresión cervantina que analizamos es el siguiente: Marcela, que huye del mundo y de los hombres, *piensa que porque el campo está deshabitado se encuentra en él la libertad.* "La libertad de los campos" es una bella expresión sugeridora de la absoluta deshumanización, o, si se quiere, des-socialización cervantina, del principio de libertad. El campo es libre porque está solo, porque se encuentra al margen de la historia, porque se opone a ella.

b) *La reminiscencia de una vida ideal, y el contacto con la Naturaleza.*

"Parece que, desde siempre, el hombre ha alimentado extraños pensamientos acerca de un misterioso país al cual le empujan sus anhelos. Ya sea que ese país adopte la forma de un supuesto reino de placeres que realmente desearía visitar o ya se trate de algo como un recuerdo perdido en el fondo de los tiempos, o ya se considere como un sueño remitido al futuro, el hombre tiene ideas muy concretas sobre una Edad de Oro" (45). El tema de los Cam-

---

(44) *Don Quijote,* 1, 14.

(45) Véase Howard Rollin Patch: *El otro mundo en la literatura medieval.* Fondo de Cultura Económica. Méjico. Pág. 11. (He suprimido los puntos suspensivos para hacer más agradable la lectura.)

pos Elíseos (46), el tema de la Edad Dorada y el tema del Paraíso Terrenal se encuentran íntimamente relacionados: todos ellos representan el mito de la felicidad originaria. Los dos primeros tienen carácter histórico-artístico; el tercero tiene carácter histórico-religioso. Conocemos la bienandanza de los Campos Elíseos por la literatura griega; conocemos el tema del Paraíso Terrenal por la Revelación. Así, pues, por su naturaleza, son bien distintos; a nosotros sólo nos toca analizar, sumariamente, su relación con la libertad.

Desde el arranque de los tiempos, el mito de la ilusión, el mito de la felicidad originaria (concebida de muy diversos modos en cada pueblo y cada tiempo), ha sido una de las más hondas, poéticas y perdurables esperanzas del hombre. La creación de este mito tiene su origen en dos tendencias sumamente arraigadas. La primera es la atracción por lo desconocido, distante y misterioso; la segunda, es la necesidad de soñar que la felicidad es realizable sobre la tierra.

Recordemos alguna referencia clásica. Dice Homero: "Los dioses enviaron a Menelao a los Campos Elíseos, que están en lo último de la tierra, donde Radamanto da la ley, y donde pasan los hombres una vida dulce y tranquila, sin experimentar nieves, ni inviernos frígidos, ni lluvias, sino un aire fresco nacido de la respiración del Océano." En estos versos ya encontramos fundidos los componentes esenciales del tema: la atracción de la lejanía —pues los Campos Elíseos están en el último confín de la tierra— y la evocación de la felicidad originaria, pues en ellos la vida no tiene mutación, ni tránsito, ni dolor.

En la interpretación que el mundo griego da a la fábula de los Campos Elíseos, la lejanía se refiere al espacio y no al tiempo; en la interpretación del mundo hebreo, la lejanía es temporal y no espacial. Este hecho, por sí solo, caracteriza la actitud de ambos pueblos. Para el uno, la tierra prometida es un viaje; para el otro, la tierra prometida es un recuerdo. El pueblo griego actualizaba el Paraíso en tiempo de presente, pero situándolo en un país lejano y misterioso; el pueblo hebreo, en cambio, actualiza el Paraíso en el arranque de su existencia histórica. Para los he-

(46) Alude Mauricio en el *Persiles* a la bienaventuranza de los Campos Elíseos: "Yo no sé quiere este que llaman amor por estas montañas, por estas soledades y riscos, por entre estas nieves y yelos, dejándose allá los Pafos, Gnidos, las Chipres, los Eliseos Campos, de quien huye la hambre y no llega incomodidad alguna", 1, 137. En la descripción que se hace en *La Galatea* del Valle de los Cipreses también se alude a los Campos Elíseos: "No se espere que yo diga más, sino que, si en alguna parte de la tierra los Campos Elíseos tienen asiento, es, sin duda, en ésta."

breos, la conexión del mundo no se organiza como un "cosmos"; para los griegos, la conexión del mundo no se organiza como "historia".

El carácter de historicidad se va imponiendo poco a poco, y fija definitivamente el perfil literario del tema, "y así llega a ser costumbre, en historiadores y cronistas, explicar como un estado de felicidad áurea la primera etapa de la vida de los pueblos cuyo pasado narran. El inca Garcilaso es un buen ejemplo de esta manera de proceder" (47). Hoy día podrá decirse que se ha fijado definitivamente su perfil temporal, pues la distancia no puede considerarse como lejanía. El mundo es uno, y en nuestro mundo tan conocido es lo distante como lo cercano. Nadie puede embarcar un día de sol, miel y alegría, hacia las islas Afortunadas; nadie puede ponerse en camino hacia el Jardín de las Hespérides. Sólo nos queda el campo de la historia abierto al sueño.

Pero queda también, indeleble, la reminiscencia del Paraíso. Cada pueblo le da expresión distinta, y todas estas narraciones coinciden en sus rasgos esenciales. Los detalles característicos varían; el tono esperanzado, jubiloso, radiante, es siempre igual. La tradición ha fundido los elementos procedentes de la inspiración popular y de la inspiración artística dando una claridad y una riqueza extraordinarias al estilo. Veamos primero una bellísima leyenda de inspiración predominantemente popular: "Olay ha subido hasta las nubes y bajado a lo profundo del mar y "viajado" sobre agua santa y sobre valles bajos. No vió las aguas porque fluían bajo la tierra. Con su caballo, acompañado por su perro, pasó por entre zarza y cardo y se desgarró su capa escarlata y le fueron arrancadas las uñas de los pies. El alma le fué extraída del cuerpo a través de un angosto anillo; la capa escarlata se le volvió a desgarrar y le arrancaron las uñas de las manos. Llegó al puente Gyallar—tan alto en el aire—, cubierto de oro rojo y adornado con pináculos dorados. Una serpiente, un perro y un toro le impidieron el paso. No obstante, Olay cruzó el puente, y también vadeó un cenagoso pantano adonde el pie jamás encuentra apoyo. El puente estaba lleno de agudos ganchos y el pantano hedía. Llegó después a los lagos solitarios donde el titilante hielo arde azul, y en seguida a las tierras donde se ve brillante el paraíso. Vió también la iglesia de los peregrinos, donde sólo reconoció a su bendita madrina con oro en los dedos, y vió huestes que vinieron cabalgando del Norte y del Sur. San Miguel, que conducía

(47) José Antonio Maravall: *Humanismo de las armas en Don Quijote.* Instituto de Estudios Políticos, Madrid, pág. 220.

la del Sur, sonaba la trompeta que anunciaba el Juicio de toda alma viviente. Olay presencia ahora el castigo de los pecadores y, en la manera de las Beatitudes, aprende la recompensa por las buenas acciones. *Quien dé zapatos a los necesitados, no tendrá que caminar por el espinoso páramo; quien dé una vaca a un pobre no tropezará, ni tendrá vértigo en el puente; quien dé pan al indigente no temerá el ladrido del perro feroz; quien dé cereal al pobre, no tendrá que temer el cuerno del toro; quien vista al desnudo, no tendrá miedo del ventisquero* (48).

Veamos ahora una variante italiana de la leyenda de San Balandrán, de inspiración más artística que popular: "Junto a uno de los cuatro ríos, que se llama Gihon, se alzaba un convento de monjes que eran muy grandes amigos de Dios. Tres de esos monjes estaban lavándose un día cuando vieron flotar sobre la corriente una rama de árbol esmaltada con todos los colores más gratos de ver; porque una de sus hojas era dorada, la otra plateada, una tercera azul, una cuarta verde y así sucesivamente en todos los tonos más variados. En la rama había flores y frutos. Los monjes decidieron buscar el lugar sagrado de donde provenía semejante rama. Marcharon río arriba, por las márgenes, encontrando yerbas todas llenas de maná y árboles cargados con la fruta más dulce. Viajaron todo un año, y llegaron a la montaña del Paraíso, desde cuya cima baja el canto de los ángeles. Ascendieron por las laderas, que estaban cubiertas de árboles frutales y flores de tintes maravillosos... Y aquella montaña tenía cien millas de alto. La puerta del Paraíso estaba cerrada; guardada por un ángel de los querubines, espada en mano. Después de cinco días y cinco noches fueron admitidos, y los monjes oyeron la música de la rueda del cielo, tan dulce, tan suave, tan deliciosa, que perdieron la noción de dónde estaban. Encontraron a Enoch y Elías; vieron la fuente viva que quien de ella bebe no puede envejecer, y quien ya es viejo se vuelve a la edad de treinta años; vieron también el Arbol del Bien y del Mal y el Arbol de la Salvación de donde salió la madera para la Santa Cruz. Vieron después las cuatro fuentes de donde brotan los cuatro ríos que abarcan al mundo. Luego vieron un árbol glorioso tan grande, que extendía sus ramas por espacio de una milla alrededor. Sus hojas eran de oro, su fruta como de confituras azucaradas, y estaba lleno de pajarillos de alas rojas que cantaban como si hubieran sido ángeles del Paraíso celestial. Los monjes pidieron que los dejaran per-

(48) Véase H. Rollin Patch: *El otro mundo en la literatura medieval*. Fondo de Cultura Económica, México, pág. 131.

manecer quince días y les contestaron que ya llevaban allí setecientos años. Cuando preguntaron cómo podía ser eso, les dijeron que al comer la fruta del Arbol de la Vida y beber el agua de la Fuente de la Juventud habían participado un poco de la vida eterna. Sus hermanos y compañeros del convento habían muerto hacía mucho tiempo y otros tendrían que recibirlos. Les dijeron que el misal de su altar mayor tenía sus nombres para que los admitieran a su regreso" (49).

El alma humana precisa el Paraíso, precisa la ilusión del Paraíso donde desaparecen nuestros cuidados. La fruta del Arbol de la Vida nos redime del tiempo. Donde no hay tiempo, no hay dolor. Los sentidos rejuvenecen y vuelven a ver el mundo en su color y forma originales. Cada tronco, cada rama y cada hoja son como un arco iris que nos anuncia que ha pasado el dolor. Cuando volvamos a la tierra, después de este viaje, llevaremos escrito en la mirada nuestro nombre. Nadie podrá desconocernos. Y la ascensión del Paraíso es áspera y difícil, y es preciso atravesar las tierras donde el "hielo arde azul", y hay tremedales que sólo pueden atravesar los que vivieron en castidad, y el cuerpo siempre está en sus treinta años, y no hay pronto, ni luego, ni después...

La descripción del Paraíso hecha en el siglo XVI por nuestros clásicos es bien distinta. Veamos la conocida descripción de fray Luis de Granada: "Primeramente considera la excelencia del lugar y señaladamente la grandeza dél que es admirable... Después de la excelencia del lugar, considera la nobleza de los moradores de él, cuyo número, cuya santidad, cuyas riquezas y hermosura excede todo lo que se puede pensar... Allí discurren los ángeles, ministran los arcángeles, triunfan los principados, alegránse las potestades, enseñorean las dominaciones, resplandecen las virtudes, relampaguean los tronos y todos cantan alabanzas a Dios. Pues si la compañía y comunicación de los buenos es tan dulce y admirable, ¿qué será tratar allí con tantos buenos, hablar con los apóstoles, conversar con los profetas, comunicar con los mártires, y, finalmente, con todos los escogidos? Y si tan grande gloria es gozar de la compañía de los buenos, ¿qué será gozar de la compañía y presencia de aquel a quien alaban las estrellas de la mañana, de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, ante cuyo acatamiento se arrodillan los ángeles y de cuya presencia se glorían los hombres... Considera después de esto la gloria de los cuerpos en los cuales ninguna cosa habrá que no esté justificada; porque allí

(49) Véase H. Rollin Patch: *Ob. cit.*, págs. 173-174.

cada uno de los miembros y sentidos tendrá su particular gloria y objeto en que se deleite; y allí los cuerpos gozarán de aquellas cuatro singulares dotes que son sutileza, ligereza, impasibilidad y claridad; la cual será tan grande, que cada uno de aquellos cuerpos resplandecerá como el sol en el reino de su padre... Allí el lugar es ancho, hermoso, resplandeciente y seguro; la compañía, muy buena y agradable; el tiempo de una manera, no ya distinto, en tarde y mañana, sino continuado con una simple eternidad. Allí habrá perpetuo verano, que con el frescor y aire del Espíritu Santo siempre florece (50). ¡Oh ciudad celestial, morada segura, tierra donde se halla todo lo que deleita, pueblo sin murmuración, vecinos quietos y hombres sin ninguna necesidad!" (51).

La mínima atención que prestemos a los textos citados nos permite observar que en los ejemplos medievales la descripción se centra sobre el modo de llegar al Paraíso, la extraña vía que nos conduce a él, y la suma de elementos naturales—árboles, puentes, pájaros—maravillosos y gozosos (52) que hallaremos allí, mientras que en el texto de fray Luis la vida bienaventurada se refiere ante todo y sobre todo a la compañía. El Paraíso medieval es un paisaje maravilloso en torno a Dios; el Paraíso renacentista es un salón donde los justos contemplan y conversan con el Altísimo (53). Notaremos, de paso, que la sumaria descripción de los elementos naturales paradisíacos que nos da el texto de fray Luis se encuentra fuertemente influída por el tópido literario de los Campos Elíseos. Es una pura reminiscencia clásica. La riqueza de invención imaginativa, plástica y sensorial que tienen los ejemplos medievales se ha evaporado completamente bajo la pluma de fray Luis. Su descripción del Paraíso no es visual, sino mental: ha perdido viveza y lozanía; no habla a nuestros sentidos, sino a nuestras virtudes; no quiere ser maravillosa: se conforma con ser ejemplar, y, finalmente, justo es también decir que hay más piedad que complacencia en ella.

---

(50) Tanto la belleza como el sentido de la metáfora han sido subrayados por la finísima sensibilidad poética de Pedro Laín: "¿No es admirable la osadía retórica de este españolísimo Fray Luis, que a impulsos de la etimología y la esperanza convierte al Espíritu Santo en brisa primaveral del Empíreo?", *La Espera y la Esperanza, Rev. de Occidente.* Madrid, 1956, pág. 133. Véase la nota que acompaña la observación.

(51) Véase Luis de Granada, B.A.E., t. VIII, pág. 53.

(52) Obsérvese que casi todos los elementos naturales del segundo ejemplo simbolizan de una manera u otra el Misterio de la Encarnación.

(53) "La gloria celestial es concebida [por fray Luis de Granada] como una placentísima tertulia inacabable, y el mundo queda en ella gozosamente asumido *sub specie sodalitatis.*" Pedro Laín Entralgo: *La Espera y la Esperanza,* pág. 134.

Y ahora volvamos a Cervantes. El paraíso cervantino precisa soledad, no compañía. Cuando Renato y Eusebia duermen su carne y viven juntos como "estatuas movibles" parece que ya han logrado la bienaventuranza. La soledad les ha devuelto la inocencia. De igual modo, el descubrimiento de la soledad natural significa el retorno a la edad de la inocencia para este grupo de personajes. Pero téngase en cuenta que sus vidas no se ordenan según las leyes de la razón, sino según las leyes de la virtud. No lo olvidemos. Considero sumamente importante subrayar este carácter ético de la ruptura cervantina con el medio social, pues lo que buscan sus personajes al ponerse en contacto con la Naturaleza es, justamente, el despliegue de su más honda espiritualidad. No pretenden vivir una vida espontánea, una vida instintiva y naturalizada, sino una vida espiritual, religiosa y cristiana. Desde este punto de vista, no buscan liberarse, sino sujetarse. Antonio se desposa con Ricla y crea una familia cristiana ejemplar en la soledad de su isla. Marcela podría decirse que carece de naturaleza, pues no tiene más apetencia o inclinación que su esperanza en la vida futura. El cielo es su morada (54). Renato y Eusebia conservan, casi milagrosamente, su castidad después del matrimonio. Así, pues, todos ellos no se aíslan para ceder a sus inclinaciones naturales; se aíslan para atender íntegramente a la llamada de la virtud y, por tanto, no viven en estado de naturaleza, sino en estado de inocencia. No nos debemos engañar por meros datos superficiales: la actitud cervantina es bien clara.

Decíamos anteriormente que en la idealización de la Naturaleza late siempre un recuerdo, más o menos remoto, del Paraíso Terrenal (55). Nuestros marinos, nuestros descubridores, lo llevaban continuamente ante los ojos. Entre los numerosos ejemplos que lo comprueban, recordaremos la bella octava del capitán Botelho de Carvalho:

---

(54) Dice Marcela: "Tienen mis deseos por término estas montañas; y si de aquí salen es a contemplar la hermosura del cielo: pasos con que camina el alma a su morada primera", I, XIV.

(55) "Los tiempos que corrían parecíanles corrompidos a aquellos residuos de sociedad refugiados en las chozas de los pastores, y la imaginación volaba a la felicidad de los primitivos tiempos en que la raíz humana, como decía Dante, se conservaba inocente y no se alteraban las primaveras, y en aquella Edad Aurea la felicidad no tenía sombras. La visión de un estado de pureza de un mejor mundo, del candor primero que todavía auguraba Góngora, servía de acicate a numerosos espíritus, era motivo de un perpetuo lamento por un Paraíso perdido que nos devolvería la paz, la amistad y la concordia, la espontaneidad de la naturaleza, sustrayéndonos a una vida llena de fraudes, engaños y malicias." Véase A. Farinelli: *Cervantes y su mundo idílico*, pág. 20.

"El golfo rompe, que publica hinchado
al mundo asombros y al Olimpo guerra
de aquella isla cuyo dulce agrado
la tristeza mayor vence y destierra;
el golfo de Ceilán, copia y traslado
del Paraíso que ostentó la tierra;
retrato natural y verdadero
del primer bosque, del jardín primero" (56).

Somos hombres. No renunciamos a la felicidad. No podemos renunciar a creer que la bondad tendrá premio en la tierra y la maldad tendrá castigo. El bien y el tema de la felicidad en el principio de los tiempos; la justicia y el tema de la bondad premiada (de la bondad que tras de tanto padecer entre los hombres se abre sitio y se sienta a la mesa de Dios Nuestro Señor) constituyen la vivencia inextinguible del Paraíso. Es el sentir humano más duradero y universal, pues no hay lugar del mundo donde no haya tenido asiento. Repetiremos, sin embargo, que interpretando la obra cervantina no hay que dejarse llevar por apariencias. Cierto es que la felicidad y la justicia se encuentran inseparablemente vinculadas en el alma del hombre. Cierto también que el mito de la felicidad originaria se ha situado generalmente en un tiempo anterior a la historia, y que este tiempo ha sido transfundido por Cervantes en un vivir sencillo, espontáneo y elemental. Pero no es menos cierto que todos los personajes cervantinos que hemos venido describiendo no son criaturas elementales y naturales, sino refinadísimas y espirituales. No viven bajo la privanza de la razón, sino de la moral. Tienen más de ermitaños que de salvajes. En su retorno a la vida sencilla late indudablemente una reminiscencia del Paraíso. En realidad, pretenden retornar a la inocencia y no a la vida natural. La abnegación, la honestidad, la caridad y la justicia son las virtudes que rigen su conducta.

Según hemos tratado de probar en diferente parte de este libro, Cervantes no creía en la doctrina de la perfección natural. La conducta de Antonio el Bárbaro, que en este aspecto es el más extremado de sus personajes, no atiende tanto a la satisfacción de sus instintos como a verificar su salvación. Ha conservado íntegramente sus creencias y se mantiene fiel a ellas. Es, en definitiva, un Robinsón cristiano, un Robinsón que reconstruye íntegramente su intimidad espiritual, no su existencia material, y en esto se distingue del Robinsón inglés. En resumen, la soledad de la Naturaleza y el aislamiento de la sociedad favorecen la vida del espíritu: ésta es la tesis cervantina.

---

(56) Véase nuestra *Antología de Poesía Heroica*. Editora Nacional. Madrid, 1943, pág. 475.

El fundamento de esta actitud vital es bien sencillo. Parte del hecho de que la sociedad es pecadora y causa de pecado, y de que el mundo (el *saeculum* cristiano) es enemigo del alma. Por consiguiente, sólo se puede ser cristiano alejándose de ellos. Creo preciso insistir en este aspecto de la cuestión. En la obra cervantina no existe naturalismo alguno. Sus personajes viven dentro del seno de la Naturaleza, para buscar el aislamiento. Esto es bien claro. La Naturaleza no es un fin, sino un medio que les permite aislarse de la vida social. En ella viven libres, exentos, incontaminados y desde la raíz última de su ser. Aunque la crítica literaria haya invertido generalmente los términos de la cuestión (57), no es lícito creer que la virtud es inherente al estado de naturaleza, sino, por el contrario, que el estado de naturaleza—dentro del mundo cervantino—es inherente a la virtud. Este planteamiento de la cuestión es el correcto, indudablemente. Justo, también, es añadir que dentro de este esquema, lo personal y lo individual son confundidos por Cervantes.

La tesis cervantina—en su conjunto—sigue siendo igualmente válida en nuestros días. En resumen, "la idea de una bondad humana natural, que anidaba en el corazón de los hombres, antes que éstos fueran bastardeados por los vicios nacidos de las sociedades organizadas" (58), es en el fondo una reminiscencia del Paraíso Terrenal y, por tanto, de la existencia humana anterior al pecado (59). Esta reminiscencia, después de la caída, sólo subsiste como ilusión. Sin embargo, aunque la historia universal del hombre haya ido continuamente debilitando y oscureciendo su sentido, aún está impresa en nuestra alma.

EL TEMA DE LA EDAD DORADA

"Un vago remordimiento le advierte al hombre moderno que quizá ha tenido, y que aún podría tener con el mundo que habita, relaciones más profundas y más armoniosas. El hombre sabe muy

---

(57) La diferencia estriba en que los personajes cervantinos no tratan de vivir una vida ajustada a las leyes de la razón; lo único que les interesa es desvincularse de cualquier clase de leyes, separarse del trato de los hombres y vivir en estado de inocencia cristiana. Recuérdese la importancia concedida por Cervantes a la castidad. El estado de inocencia de los personajes cervantinos que estudiamos en este grupo no procede de que intenten seguir los imperativos de la razón y la ley natural, sino de que obedecen a la ley de Dios. Y ya hemos dicho que la ley natural entendida en su sentido recto y la ley divina son una misma cosa.

(58) Véase J. A. Maravall: *Ob. cit.*, pág. 200.

(59) "Lo que hallé fué sólo esto: que Dios hizo rectos a los hombres, mas ellos se buscaron muchas perversiones" (*Eclesiastés*, 7, 29).

bien que en sí mismo existen posibilidades de felicidad o de grandeza de las cuales se ha ido apartando" (60). Hemos artificializado nuestra vida (61), y cada día nos separamos más de sus raíces naturales. Inventamos nuestras necesidades y nuestros sentimientos. Modificamos el clima en que vivimos y aun la composición de nuestra sangre. Sustituímos por sucedáneos las relaciones y alegrías naturales del hombre. A veces, sin embargo, comprendemos que no están muertas nuestras raíces. Una especie de reminiscencia que está enclavada en el alma de toda criatura y es capaz de aflorar en una súbita resurrección, nos enseña que hubo un tiempo lejanísimo en que la criatura, en sí misma más armoniosa y menos dividida, encajaba sin dificultad en la armonía de la Naturaleza.

¿Por ventura no guarda cada ser humano en su memoria el recuerdo de una época en que la separación no había sobrevenido aún? Edad de Oro de la infancia, que creía en las imágenes, y no sabía que hubiera un mundo exterior y real y un mundo interior imaginario. Edad de Oro de las épocas primitivas, en que el hombre gozaba de poderes más tarde perdidos y cautivaba con sus palabras los objetos que le rodeaban. Edad de Oro aún más antigua, de que hablan las fábulas de los pueblos donde el canto de Orfeo tenía el poder de seducir tanto a las bestias como a las piedras. La reminiscencia remonta la cadena infinita de los recuerdos. Y quien está dotado de esta memoria se pone a esperar, porque adivina dentro de sí, adormecidos, pero capaces de despertar, los gérmenes que dejaron esas épocas infantiles. Aquello que el hombre ha perdido está ahí todavía, sofocado, pero vivo. Será necesario un largo esfuerzo, un descenso a los infiernos interiores, si la criatura, dispersa por obra de la separación, poco segura de poseer todavía un centro, quiere encontrar de nuevo su integridad. Pero basta que lo consiga sólo en parte, para que la Edad de Oro no

---

(60) Véase Albert Beguin: *El alma romántica y el sueño.* Fondo de Cultura Económica. Méjico, pág. 480.

(61) La civilización ha alterado el buen orden natural de las cosas, y claramente lo había dicho Erasmo: "Digamos francamente que el saber y la industria se han introducido en el mundo como las demás pestes de la vida humana, y que fueron inventados por aquellos mismos espíritus que crearon todos los males... Nada de esto conocíase en la Edad de Oro, y los hombres entonces, sin método, sin regla, sin instrucción, vivían felices guiados por la Naturaleza y el propio instinto." Erasmo: *Elogio de la locura,* Ed. Croce, pág. 50. Citado por Castro *(Ob. cit.,* pág. 181), que comenta: "He aquí cómo se dibuja en el siglo XVI la futura paradoja de Rousseau—el hombre de la Naturaleza—, que, en último término, remonta a Erasmo pasando por Montaigne."

sea ya una cosa del pasado: será la tierra prometida hacia la cual nos orienta nuestro progreso" (62).

El tema de la Edad Dorada tiene una doble vinculación con el tema del Paraíso, bien se le considere desde la perspectiva de la felicidad originaria, bien se le considere desde la perspectiva de la pureza perdida. Convirtiendo la historia en poesía, el mito de la Edad Dorada nos enseña que todos los pueblos han tenido en sus orígenes una época paradisíaca, donde el hombre se conserva en estado puro, sin corrupción social alguna, viviendo sin esfuerzo de los frutos que la Naturaleza le ofrecía, y practicando el bien y la justicia en la paz de los campos. Por la atracción que tiene siempre lo lejano, la Edad Dorada se situaba en el arranque de los tiempos o en el confín del mundo conocido. Los Campos Elíseos, el Jardín de las Hespérides (63) y las islas Afortunadas fueron los diferentes nombres de una misma ilusión: las principales localizaciones de esta época dichosa que la literatura clásica nos ha legado.

Téngase en cuenta que todas las culturas primitivas tienen creencias parecidas o semejantes. El mito de la Edad Dorada es uno de los mitos más extendidos y duraderos. Su aceptación es verdaderamente universal. Como la aspiración humana a la felicidad es irrenunciable, el mito de la Edad Dorada responde a la necesidad de creer que en alguna ocasión ha tenido la felicidad humana existencia real. El hecho de situarla dentro del campo de la historia nos hace que la consideremos no solamente como posible y realizable, sino, también, *como ya realizada—en alguna ocasión sobre la tierra*—y, por tanto, nos hace desplazar su perspectiva, en cierto modo, desde el futuro hacia el pasado. Diríase que de este modo hacemos más tangible su realidad, pues conservamos, allá en la linde de la memoria, como un recuerdo suyo. Esta aparente (64) inversión de la esperanza, que la hace radicar en el pasado, podrá desestimarse como nostálgica, pero es la única sobre

---

(62) Véase A. Beguin: *Ob. cit.*, pág. 481.

(63) Cervantes alude en el *Persiles* a la belleza del Jardín de las Hespérides: "En fin, a él le pareció que todo cuanto había oído decir de los huertos Esperideos, de los de la Maga Falerina, de los pensiles famosos, ni de todos los otros que por fama fuesen conocidos en el mundo, no llegaban al adorno de aquella sala y de aquella lonja", 2, 249.

(64) La extraordinaria vigencia que tiene el futuro considerado como el decisivo, como el más obrador de los éxtasis temporales, nos suele hacer darle carácter de futuro a la esperanza. Pero esta futuridad no es necesariamente imprescindible, pues la esperanza que pone el hombre en su pasado es tan real como la esperanza que pone en su futuro..

la cual se asienta el alma. En ella nos fundamos (65). Tal actitud hace perder a la felicidad su carácter evanescente e ilusorio; le da perfil real; la sitúa en nuestro mundo. A mi modo de ver, radica en ella la extraordinaria fuerza de atracción de este mito.

Era natural que América, el continente lejano y misterioso recientemente descubierto, trajese a primer plano y diese nueva actualidad al tema de la ilusión paradisíaca. Así lo piensan la mayor parte de nuestros cronistas. Citemos, por ejemplo, a Pedro Mártir: "Me parece que nuestros isleños de la Española son más felices que lo fueron los latinos, porque viviendo en la Edad de Oro, desnudos, sin pesos ni medidas, sin esa fuente de toda desventura que es el dinero, sin leyes, sin jueces calumniosos, sin libros, viven sin solicitud ninguna acerca del porvenir... Tienen ellos por cierto que la tierra, como el sol y el agua, es común, y que no debe haber entre ellos "tuyo" y "mío", semillas de todos los males. Los isleños viven la Edad de Oro. No cierran sus heredades ni con fosos, ni con paredes, ni con setos; viven en huertos abiertos, sin leyes, sin libros, sin jueces; de su natural veneran al que es recto; tienen por malo y perverso al que se complace en hacer injuria a cualquiera" (66). La descripción no puede ser más literaria e idealizante: el mito de la ilusión modifica la verdad histórica. También Colón, "en el año 1548, pensaba que la tierra descubierta era un gran continente en donde estaba situado el Paraíso Terrenal" (67). El tema de la naturaleza repristinadora de la bondad del hombre, el tema del Paraíso, y el tema de la Edad Dorada se entretejen de tal manera en el pensamiento renacentista, que no es posible separarlos. De su fusión en el pensamiento de Cervantes, de la ilusión paradisíaca de América, nació el *Persiles y Sigismunda* (68). A ella debemos, en muy gran parte, su inspiración.

En diferentes ocasiones toca Cervantes el tema de la Edad Dorada. La versión más brillante y conocida es la de Don Quijote en el discurso a los cabreros. Más nostálgica de la libertad, y más acorde, por consiguiente, con nuestro tema, es la que vamos a recordar nosotros:

---

(65) Los mitos son esperanzas de recuerdos, esperanzas que el hombre ha convertido en realidades históricas para poderlas recordar. Sobre el valor de esta manera de esperanza real en nuestra vida hablaremos en distinta ocasión.

(66) Véase *Décadas*, t. I, lib. III.

(67) Véase Pedro Henríquez Ureña: *Las corrientes literarias en la América hispánica*, Biblioteca Americana, México, pág. 34.

(68) Véase el artículo de Menéndez Pidal.

¡Oh santa edad, por nuestro mal pasada,
a quien nuestros antiguos le pusieron
el dulce nombre de la Edad Dorada!
¡Cuán seguros y libres discurrieron
la redondez del suelo los que en ella
la caduca mortal vida vivieron!
No sonaba en los aires la querella
del mísero cautivo, cuando alzaba
la voz a maldecir su dura estrella.
Entonces libertad dulce reinaba,
y el nombre odioso de la servidumbre
en ningunos oídos resonaba.
Pero después que sin razón, sin lumbre,
ciegos de la avaricia los mortales,
cargados de terrena pesadumbre,
descubrieron los rubios minerales
del oro que en la tierra se escondía,
ocasión principal de nuestros males (69),
este que menos oro poseía,
envidioso de aquel que, con más maña,
más riquezas en uno recogía,
sembró la cruda y la mortal cizaña
del robo, de la fraude y del engaño
del cambio injusto y trato con maraña.
Mas con ninguno hizo mayor daño
que con la hambrienta, despiadada guerra,
que al natural destruye y al extraño.
Esta consume, abrasa, echa por tierra
los reinos, los imperios populosos
y la paz hermosísima destierra (70).

En este elogio, la Edad Dorada no representa la evocación de la felicidad originaria, sino la nostalgia de la libertad perdida. Hay un cierto desajuste entre las piezas que constituyen la armazón del mito y la libertad sustituye a la felicidad en su papel de protagonista de la ilusión humana. No es extraño; Cervantes piensa que para ser felices basta ser libres; al menos todos sus personajes viven de acuerdo con esta ley.

La utopía renacentista se produce en dos sentidos o direcciones diferentes: "una va hacia un pasado quimérico, la Edad Dorada o de Saturno; otra, hacia el presente, con aspiración a hallar realmente [en él] algo que pertenezca a esa pura naturaleza (71). Entre los temas de filiación utópica que el renacimiento tiende a considerar como reales, en la cartografía dorada y fabulosa de las tierras recientemente descubiertas, ninguno tiene tanta importan-

---

(69) Se ha pensado en alguna ocasión (Mañach: *Ob. cit.*, pág. 103) que el oro a que hace alusión Cervantes es el oro de América. No sé si de manera indirecta puede aludirse a él. En principio alude al hecho de que Júpiter pusiese término a la Edad Dorada porque el ocio y el oro habían enervado a los hombres.

(70) *Los tratos de Argel*, V, 53-54.

(71) A. Castro: *Ob. cit.*, pág. 178. Este capítulo es uno de los más interesantes y acertados del libro.

cia, aquí y ahora, para nosotros, como el del "buen salvaje" (72). Después de un largo recorrido desemboca este tema en Rousseau, y como es bien sabido, tuvo su nacimiento en los descubridores y cronistas españoles de Indias. En su *Carta del descubrimiento,* Colón describe de este modo literario e idealista a los indios de las Antillas: "No tienen hierro, ni acero, ni armas, ni son para ello. No porque no sea gente dispuesta y de hermosa estatura, salvo que son muy temerosos a maravilla... Son tanto sin engaño y tan liberales de lo que tienen, que no lo creerá sino el que lo viese. Ellos, de cosas que tengan, pidiéndoselas, jamás dicen que no; antes convidan a la persona con ello y muestran tanto amor, que darían los corazones... No conocían secta ninguna de idolatría, salvo que todos creen que las fuerzas y el bien es el cielo; y creían muy firmes que yo, con estos navíos y gente, venía del cielo, y en tal acatamiento me reciben en todo cabo, después de haber perdido el miedo. Y esto no procede porque sean ignorantes, salvo de muy

---

(72) Montaigne ha sido el principal divulgador de innumerables temas en Europa: entre otros, el tema de la Edad Dorada americana, el tema del "buen salvaje" y el tema de la leyenda negra de las crueldades españolas en Indias: tres fantasías que tuvieron fortuna y han dado la vuelta al mundo. Sus textos son numerosos; los principales son: lib. I, cap. XXXI, "Des cannibales", y libro III, cap. VI, "Des coches". Véase la descripción de la justicia, libertad, agudeza y buen trato de los salvajes y la feliz edad dorada en que vivían: "Costeando el mar, *a la busca del oro,* algunos españoles llegaron a una región fértil y placentera, muy habitada, e hicieron ante el pueblo sus manifestaciones acostumbradas: que eran gentes pacíficas, originarias de tierras lejanas, enviadas por el rey de Castilla, el más grande príncipe de la tierra conocida, al cual el Papa, que representa a Dios sobre la tierra, había concedido el mandato sobre todas las Indias; que si querían ser tributarios de este soberano serían benignamente tratados; pedíanles víveres para alimentarse y oro para adquirir medicinas, haciéndoles, además, presente la creencia en un solo Dios y la verdad de nuestra religión (la cual ellos les aconsejaban aceptar); añadiendo algunas amenazas. La respuesta fué la siguiente: que en cuanto a lo de pacíficos no tenían cara de serlo, si es que lo eran; que puesto que su rey pedía, debía ser indigente y necesitado, y en lo que respecta a la distribución de sus tierras, que debía ser hombre amante de disputas, puesto que concedía a un tercero lo que no era suyo arrebatándoselo a sus antiguos poseedores; en cuanto a los víveres, que los proveerían de ellos; en cuanto al oro, que tenían poco y que no lo estimaban, porque no les servía para nada, teniendo como tienen por único deseo pasar la vida dichosa y placenteramente; por lo tanto, que los españoles podían coger todo el oro que encontraran, salvo el que estaba ya empleado en el servicio de los dioses. En lo tocante a que no hubiera más que un solo Dios, el discurso les había parecido bien, pero no querían cambiar de religión, pues estaban acostumbrados desde hacía largo tiempo a la utilidad de la suya y además porque sólo acostumbraban recibir consejos de sus amigos y conocidos. En cuanto a las amenazas que los españoles les habían hecho, consideraban que era una insensatez amenazar a aquellos de quienes se desconocen los medios de defensa, así que lo mejor que podían hacer era marcharse y abandonar sus tierras..., y que si no obraban de este modo los descabezarían" *(Essais,* Ed. La Pléyade, págs. 1020-1021). No cabe más entereza, afabilidad y cortesía que la expresada en tal discurso. He aquí ya realizada históricamente la Edad Dorada.

sutil ingenio y hombres que navegan todas aquellas mares que es maravilla" (73).

Algo más precisa, pero menos idealizante, es la famosa descripción de Américo Vespucio que puso en boga el tema del "buen salvaje" en todo el mundo conocido: "Son de mediana estatura y muy bien proporcionados. Su carne es de un color que tiende al rojo, como melena de león, pero creo que si anduvieran vestidos serían blancos como nosotros. No tienen en el cuerpo nada de vello, salvo en el pelo de las cabelleras, largas y negras, especialmente en las mujeres, a las cuales hermosean. Son muy ligeros en sus personas al andar y al correr, tanto los hombres como las mujeres. Nadan de una manera increíble: las mujeres mejor que los hombres. Sus armas son arcos y flechas. No acostumbran tener capitán alguno, ni andan en orden, pues cada uno es señor de sí mismo (74). No usan justicia alguna, ni castigan al malhechor, ni el padre o la madre castigan a los hijos. No vimos jamás haber pleitos entre ellos. Son gente limpia y aseada en sus cuerpos por la mucha frecuencia con que se lavan. No supimos que tuvieran ley alguna. No usan comercio, ni compran ni venden. Se contentan con lo que les da la Naturaleza. Las riquezas que en esta nuestra Europa usamos no las estiman. Son liberales en el dar y sólo por rareza os niegan algo. Comen poca carne, excepto la carne humana" (75).

A partir de la época de la Ilustración, la concepción tópica y generalizada del "buen salvaje" se encuentra fuertemente influída por las doctrinas de Rousseau. Es indudable, sin embargo, aunque no suele ser tenido en cuenta, que el ideal humano, para Rousseau, no es el salvaje, sino el hombre educado con arreglo a los principios de la Naturaleza y la razón. Emilio, su modelo pedagógico, está muy lejos de ser el "buen salvaje". Justo es decir que los personajes cervantinos que constituyen este grupo están tan alejados del modelo del "buen salvaje" como del modelo rusoniano. Cortando por lo *vivo*, podría decirse que el "buen salvaje" es el modelo humano en donde prima lo natural; el ideal de Rousseau es el modelo humano donde prima lo racional, y el ideal cervantino es el modelo humano en donde prima lo ético. Los tres modelos o arquetipos, que tanto suelen confundirse, se asemejan en una

---

(73) Citado por Henríquez Ureña: *Las corrientes literarias en la América latina*, pág. 12.

(74) Citado por Henríquez Ureña: *Ob. cit.*, pág. 16. Suprimo los puntos suspensivos para hacer más grata su lectura.

(75) Citado por Henríquez Ureña en *Las corrientes literarias en la América latina*, pág. 12. Suprimo los puntos suspensivos para facilitar la lectura.

sola cosa: su absoluta contradicción con el medio social. Por muy distintas causas, Cervantes y Rousseau se encuentran igualmente disconformes con la sociedad constituída, y piensan que es necesario "repristinar" al hombre, aislándolo por completo del medio histórico y cultural que lo embaraza y lo pervierte (76). Aquí termina, y se resume desde luego, el evidente paralelo de una y otra actitud. Las demás circunstancias que acercan el modelo cervantino al ideal del "buen salvaje" (77): la soledad, el contacto con la Naturaleza y la simplicidad y falta de artificio del vivir son exteriores, superficiales e *inherentes a la misma situación vital en que su ahistoricismo los coloca.* No es posible vivir en una isla en donde no hay faisanes, y comer por la noche faisán. Pero Antonio el Bárbaro, muy a pesar de su nombre, sigue siendo un hidalgo español encerrado en su cueva (78). Renato sigue confirmando en su isla su medieval caballerosidad espiritualizada y literaria. Lo que ha cambiado únicamente en ellos es la forma de vida, no sus creencias e ideales. Estos, por el contrario, se han acendrado y enriquecido. Pues bien: este hecho es, justamente, el que va a darnos la clave de su actitud. Para poder vivir desde sí mismos, sin hacer dejación de sus creencias, necesitan aislarse y romper con los hombres. Más adelante volveremos a plantearnos el sentido de esta actitud. Lo que ahora nos importa es descubrir sus causas. ¿Qué

---

(76) El impacto producido en la cultura española por la lectura de los cronistas e historiadores primitivos de Indias es muy grande. A los ejemplos citados añadiremos éste: "Está ya tan alterada la policía humana, que en muchas partes del mundo los tenidos por sabios se gobiernan como bárbaros y los bárbaros como sabios" (Joaquín Setanti: *Centellas de varios conceptos,* B.A.E., t. 65, pág. 523).

(77) Sobre la extraordinaria boga del tema en tiempo de Cervantes recordaremos algunas de las muchas alusiones que existen en su obra: En las fiestas callejeras, y en el teatro, se presentaban salvajes vestidos de yedra y cáñamo tejido de verde, como ordinaria vestimenta. Así eran los que aparecieron en las bodas de Camacho, tan al natural, que por poco espantaran a Sancho, portando un castillo (II, 22). También en el jardín de los Duques entraron cuatro salvajes vestidos todos de yedra verde, que sobre sus hombros traían un gran caballo de madera (II, 41). En una de las acotaciones de la comedia *La casa de los celos* aparece Angélica sobre un palafrén. Traen la rienda dos salvajes vestidos de yedra o de cáñamo tejido de verde... (Citado por Sánchez del Arco, *Ob. cit.,* pág. 744).

(78) La actitud de Antonio el Bárbaro no es tan extrema como la de sus compañeros de grupo. Es cierto que no tiene añoranzas de su pasado durante su larga estancia en la isla; no es menos cierto que a veces considera su aislamiento como prisión: "La fortuna me derribó de su cumbre, adonde yo pensé que estaba puesto, al profundo de la miseria en que me veo" (I, 32). "Esperando el día que ha de ser tan dichoso que nos saque de esta prisión" (I, 32). Coincide con los restantes personajes en que considera como su vida auténtica la vivida en la isla, pero tiene una actitud psicológica menos abstracta. Desde este punto de vista, es la figura más interesante y humana del grupo.

impulso mueve a estos personajes a desligarse de la vida social para crear un mundo de evasión no solamente al margen de la existencia histórica, sino, también, opuesto a ella?

LA UTOPÍA DE LA LIBERTAD ABSOLUTA

La utopía de la libertad absoluta ocasiona dolor, y por haber sentido este dolor creemos que Cervantes es el primer escritor de nuestro tiempo (79). Quiero decir que Cervantes es el primer escritor en el cual se percibe la conciencia dolorosa de la libertad, que es tan característica de nuestro tiempo. De esta actitud vital arranca y toma origen todo su mundo de creación: es como el sello de su obra. Pero lo verdaderamente extraordinario que encontramos nosotros en la obra cervantina es que, muy a pesar de esta conciencia dolorosa, no está tocada, ni siquiera levemente, de resentimiento; antes por el contrario, toda ella es un ejercicio de caridad. La caridad: he aquí el secreto, el gran secreto cervantino. Mucho nos tienta el tema, pero no es ésta la mejor ocasión para tratarlo. La injusticia social le ocasiona dolor, y el dolor le distancia del mundo lo suficiente para no dejar de amarlo, pero, a pesar de ello o, mejor dicho, a causa de ello, comprende el mundo que le rodea con inequívoca y objetivada claridad Cervantes es el primer escritor que ha sentido y ha comprendido, con hondura, la incapacidad de la vida moderna para satisfacer al hombre plenamente (80). Esta conciencia dolorosa es como el pulso del mundo

---

(79) "Gran interés despierta en nosotros el descubrir que la caracterología del hombre moderno comienza con Don Quijote" (J. Camón Aznar: "Don Quijote en la teoría de los estilos", *ob. cit.*, pág. 442).

(80) Dice Dilthey: "Esta obra jamás habría llegado a realizarse si la época de Rousseau no hubiera sentido y comprendido la incapacidad de la sociedad constituída para satisfacer al hombre" (W. Dilthey: *Vida y Poesía*, Fondo de Cultura Económica, Méjico, pág. 218). Esta actitud es indudable, al menos para nosotros, que arranca de Cervantes. Oigamos ahora unas palabras de Bernanos que expresan muy claramente la conciencia dolorosa de nuestro tiempo: "El drama de Europa está ahí. No es el espíritu europeo quien se debilita u oscurece desde hace más de cincuenta años: es el hombre europeo quien se degrada, es la humanidad europea quien está degenerando. Degenera endureciéndose. Corre el riesgo de endurecerse hasta poder resistir cualquier experiencia de las técnicas de esclavitud, es decir, no sólo soportarlas, sino ajustarse a ellas sin daño. Pues a la descomposición le llegará su fin por cierto. Lo que actualmente se está descomponiendo ante nuestros ojos son los más preciosos elementos (por consiguiente, los más frágiles) de la civilización. Desgraciadamente, no nos está vedado imaginar una civilización privada de estos elementos en el curso de una evolución regresiva y finalmente estabilizada en el punto más bajo. Tal estabilización hubiera sido imposible antaño" (pág. 137). La culpa de este mal la tiene, para Bernanos y para cualquiera que tenga limpia la mirada, el Estado moderno: "Para devolver algún prestigio al Estado mo-

cervantino, que busca siempre su salvación en lo individual. Cervantes piensa que la vida social está dañada en su raíz y que tenemos que abandonarla reedificando desde su mismo origen nuestra vida. Piensa que la sociedad es la mentira legalizada, la mentira que impide al hombre el cumplimiento de su fin, la tramoya levantada por los encantadores—los malignos encantadores cervantinos, que, como bien sabe el lector, tienen la culpa de que nada nos salga bien—para triunfar de la virtud. De esta conciencia dolorosa nace el anhelo de libertad que anima el mundo cervantino. Su ley es la siguiente: hay que salvarse en lo individual. Para cumplir con esta ley sueña Cervantes que la realización de la vida personal de cada hombre coincide con su libertad absoluta. Ser sí mismo es ser libre, y en virtud de ello, los personajes que llevamos analizados rompen todo contacto con el ambiente para poder vivir en libertad. La soledad les dispensa de trabas; viven únicamente desde sí mismos y para sí mismos; pretenden no tener contradicción ni resistencia algunas. Se han evadido del tiempo y de la historia y, por así decirlo, han nacido de nuevo por un acto de libre decisión. No juzgo necesario advertir al lector sobre el carácter utópico de este ideal de libertad. En realidad todos los personajes cervantinos sueñan que viven y que su sueño los ha devuelto a la edad de la inocencia.

Esto es lo único que, aquí y ahora, nos interesa subrayar. Cervantes, como autor de sus vidas, o, si se quiere, como autor de sus sueños, les ha brindado una existencia única: la Edad Dorada individual. Para no falsear su pensamiento, en tema tan importante y delicado, es preciso estimar en su justo valor esta inversión del tema. La Edad Dorada cervantina no es colectiva, sino individual, y no se apoya en la justicia, sino en la libertad. Cada uno de los personajes pertenecientes a este grupo, por la gracia de Dios y de Cervantes, ha realizado (ha pretendido realizar al menos) la ilusión más permanente y universal del hombre.

Nunca falta razón al sentimiento (81),

decía Villamediana, y por esta razón la conciencia dolorosa de Cervantes nos conmueve profundamente. Ella es una de sus leccio-

---

derno, envilecido ahora por todos los sucios trabajos cotidiano de la estafa, el chantaje, el fraude y la usura, no basta con hablar el idioma de Luis XIV, como si la causa de tal envilecimiento sólo residiera en el decaimiento de la facultad de respeto de la ciudadanía, cuando en realidad los ciudadanos no respetan ya al Estado, por la sencilla razón de que el Estado ya no es respetable" (G. Bernanos: *Libertad, ¿para qué?*, Ed. Hachette, pág. 135).

(81) *Obras de don Juan de Tarsis, conde de Villamediana,* por Diego Díaz de la Carrera. Año 1634, pág. 116.

nes imperecederas y determina su radicalismo social. Cierto es que, convertida en ilusión de libertad, desarmoniza la mesura del pensamiento de Cervantes, llevándole a mantener una actitud utópica y evasiva nada característica, por otra parte, de nuestro autor, pero su nobleza de origen nos hace amarla y comprenderla. A pesar de ello, no la podemos aceptar, porque la libertad absoluta o, si se quiere, la libertad de exención, por sí sola no es más que una utopía. Nadie puede evadirse de su situación vital. Queramos o no queramos nos encontramos radicalmente comprometidos con nuestro tiempo. El solipsismo no es tan sólo una equivocación, sino una ingenuidad, pues, como dice Unamuno muy acertadamente, sólo el sueño de dos es verdadero. La libertad que buscan tan empeñadamente los personajes cervantinos no es más que un sueño y un sueño aislado, individual, no un sueño verdadero. Vamos a ver en qué consiste y dónde estriba su carácter de imposibilidad.

Cuando Marcela se retira a la sierra quiere nacer de nuevo (82): quiere nacer desde la libertad. Igual le ocurre a Alonso Quijano cuando toma un buen día la decisión de convertirse en Don Quijote. Ahora bien: nacer de nuevo es imposible. Nadie nace dos veces: sólo podemos recién nacer (83). Es indudable, como hemos visto en nuestro estudio preliminar, que en cada decisión auténtica la libertad rehace nuestra vida. Si decido casarme, mi vida entera cambia de sentido y se "originaliza", es decir, se convierte en una vida nueva por esta decisión. A este nacer a vida nueva llamo recién nacer. Pero esta conversión, esta *originalización* de nuestra vida, en modo alguno es nacer de nuevo. Lo repito: nadie nace dos veces. Cierta es la acción transformadora de la libertad, pero también es cierto que esta transformación no arranca de la nada. Mi pasado subsiste siendo mi pasado; mis posibilidades de vida personal sigo encontrándolas en él; por consiguiente, aunque cambie el sentido de mi vida, aunque mi vida sea otra vida, no puedo renunciar a mi pasado. Esto sería nacer de nuevo y no recién nacer.

El segundo de los errores de Marcela es no contar con que se vive siempre y en todo caso en una situación vital determinada. La situación vital condiciona de modo ineludible nuestra libertad, nos ofrece un conjunto determinado de posibilidades, y este con-

---

(82) Esto es: cambiar de personalidad. "Marcela y Grisóstomo son pastores, de igual modo que Don Quijote es caballero andante" (J. A. Tamayo: "Los pastores de Cervantes", *Ob. cit.*, pág. 402).

(83) La expresión se encuentra autorizada por Quevedo: "Unas y otras iban recién naciéndose, arrulladas de galas y con niña postiza" *(La hora de todos y la Fortuna con seso*, Ed. Aguilar, pág. 233). Debo la cita a la amistad de Pedro Laín.

junto de posibilidades constituye el área de la opción donde se tiene el hombre que escoger a sí mismo. Nadie puede asumir o realizar las posibilidades que no tiene; nadie puede saltar sobre su sombra; nadie puede eludir su situación vital (84).

El tercero de los errores en que incurre Marcela es no advertir que si bien la elección compete al hombre, el planteamiento de la opción es objetivo a él. La opción no la podemos inventar, no la podemos sustituir: la propone la historia. La opción es la pregunta que el mundo nos plantea. ¿Qué debo hacer con este bosque? Si tengo afán de lucro lo puedo convertir en palillos de dientes, y hay muchos que lo hacen. ¿Qué carrera debo dar a mi hijo? La vida siempre se nos plantea como una opción. Por ello somos hombres. Lo que Marcela pretende hacer para vivir en libertad absoluta es suprimir la opción, cualquier opción que la vida —por ser vida—le ofrezca. Pero esta libertad es sólo un sueño: al suprimir la opción, lo que ha hecho propiamente es suprimir su libertad.

En consecuencia, la libertad absoluta, la libertad considerada como evasión de la Historia, es sólo una utopía. Todo este grupo de personajes han convertido la libertad en religión. Gelasia, Antonio el Bárbaro, Silerio, Rutilio, Renato y Eusebia, Soldino y Marcela son verdaderamente *los ermitaños de la libertad.*

Este es el más extremo sentido que tiene la libertad para Cervantes. Vivir es temporalizarnos, preocuparnos de una manera u otra con las cosas, y esta preocupación, este cuidado, es la misma raíz de nuestra vida. Pues bien: la libertad—piensa Cervantes—debe eximirnos de este cuidado. En la palabra de Don Quijote se nos declara tal sentido: "Maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condición: yo imagino que eres de mármol o de duro bronce, en quien no cabe movimiento, ni sentimiento alguno" (85). De duro bronce o mármol habría Sancho de ser para tener tan libre condición que le eximiera del cuidado. Esta es la extrema y casi desangrada pulsación del pensamiento cervantino frente a la liber-

---

(84) Cervantes representa el nacimiento de la actitud contra la realidad histórica que estuvo tan en auge en el período de la Ilustración. Véanse las siguientes palabras de Windelband: "De la naturaleza general, eterna del hombre o de las cosas, deriva [Voltaire] en cada caso, los módulos de su crítica de lo existente y de sus exigencias para su mejoramiento: con ello pierde de vista lo justificado y la vitalidad de la realidad histórica y cree poder hacer tabla rasa de lo existente, cuando se muestra contrario a la razón al propio tiempo que reconstruir ex íntegro la sociedad, con arreglo a los principios de la filosofía. En este sentido ha preparado la literatura del Iluminismo, especialmente en Francia, la ruptura real con la historia: la revolución" *(Filosofía del Iluminismo,* ed. cit., pág. 169).

(85) *Quijote,* VI, 369.

tad: considerarla como exención del sufrimiento y del cuidado, como exención del dolor de ser hombres. Así también debió de sentirla don Antonio Machado cuando escribía frente a su propia estatua y refiriéndose a sus ojos

que yo quisiera tener
como están en tu escultura
grabados en piedra dura,
en piedra, para no ver (86).

Marcela representa en su mayor pureza el ideal cervantino: la libertad absoluta, la libertad que sólo vive en sí misma, la libertad que sirve de fundamento a nuestro ser y que, al vaciarse de todo fin concreto, se le convierte al hombre en esperanza (87). La dura y triste vida de Cervantes, el hambre pronta, la cárcel sucesiva, la miseria acechante y el dolor casi irredimible fueron necesarios, quizá, para inventar esta figura idealizada, y allá en su paraíso, de Marcela (88). Ella es el mito de la absoluta libertad.

---

(86) A. Machado: *Obras completas*, pág. 314.

(87) Para Marcela no existe el mundo, la conexión del mundo, porque la conexión del mundo es una consecuencia del amor. El hecho ha sido agudamente observado por Ortega: "El amor nos liga a las cosas aun cuando sea pasajeramente. Pregúntese al lector: ¿qué carácter nuevo sobreviene a una cosa cuando se vierte sobre ella la cualidad de amada? ¿Qué es lo que sentimos cuando amamos a una mujer, cuando amamos la ciencia, cuando amamos la patria? Y antes que otra nota hallaremos ésta: aquello que decimos amar se nos presenta como algo imprescindible. Lo amado es, por lo pronto, lo que nos parece imprescindible, ¡imprescindible! Es decir, que no podemos vivir sin ello, que no podemos admitir una vida donde nosotros existiéramos y el amado no—que lo consideramos como una parte de nosotros mismos—. Hay, por consiguiente, en el amor una ampliación de la personalidad que absorbe otras cosas dentro de ésta, que las funde con nosotros. Tal ligamen y compenetración nos hacen internarnos profundamente en las propiedades de lo amado. Lo vemos entero, se nos revela en todo su valor. Entonces advertimos que lo amado es, a su vez, parte de otra cosa, que necesita de ella, que está ligado a ella. Imprescindible para el amado, se hace también imprescindible para nosotros. De este modo va ligando el amor cosa a cosa, y todo a nosotros, en firme estructura esencial. Amor es un divino arquitecto que bajó al mundo—según Platón—a fin de que todo en el universo viva en conexión" *(Meditaciones del "Quijote"*, 1, 312-313).

(88) Sobre el amor a la libertad, que se desprende tanto de la manera de ser como de la conducta de Cervantes, sólo diremos estas palabras—las más autorizadas—de su autor: "Sólo libró bien con él un soldado español llamado Tal de Saavedra, al cual, con haber hecho cosas que quedaran en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra" *(Quij.*, I, XL).

Luis Rosales.
Altamirano, 34.
MADRID.